

SACRAMENTO Y MISTERIO: DOS PALABRAS PARA DENOMINAR UNA MISMA REALIDAD

La palabra «sacramento» es muy común en el lenguaje cristiano. Todos conocemos cuántos y cuáles son, cuándo y cómo se celebran... Sin embargo, si nos preguntaran qué es un sacramento, seguramente tardaríamos en responder teniendo que pensar nuestras palabras.

La teología clásica ha definido al sacramento como un signo sensible de la gracia invisible. Pero esta concisa definición resulta demasiado genérica, por lo que no nos aclara nuestros interrogantes.

«Sacramento» es un término proveniente del vocablo latino *sacramentum*, que está formado por el verbo *sacrare* (hacer algo sagrado) y el sufijo *mentum* (hecho / acto / efecto). Así, del mismo modo que del verbo «testar» deriva el sustantivo «testamento», o del verbo «divertir» deriva el sustantivo «divertimento», o del verbo «medicar» deriva el sustantivo «medicamento», etc.; del verbo «sagrar» (hacer algo sagrado) deriva el sustantivo «sacramento».

¿Y qué vuelve sagrado el sacramento? Por medio de los sacramentos Dios toca nuestra vida en los momentos fundamentales de la misma para hacerse presente y transformarla con su gracia, confiriéndole una dimensión trascendente. Así ocurre cuando iniciamos una nueva vida (bautismo y confirmación), cuando necesitamos alimento espiritual (eucaristía), cuando tropezamos y caemos (penitencia), cuando estamos enfermos o débiles (unción), cuando elegimos estado de vida (orden y matrimonio). En todas estas ocasiones, actualizamos la muerte y resurrección de Jesús por medio de una celebración, para que su fuerza salvadora alcance el importante momento que estamos viviendo.

Existe, además, otra palabra que es sinónima de sacramento: misterio. Este término proviene de la palabra griega «*mysterion*». Aunque en el lenguaje común es empleada para indicar algo que no se puede comprender o explicar, san Pablo la utilizó para referirse al plan salvífico de Dios revelado en Cristo, y, de modo particular, al culmen de esta historia de salvación: la muerte y resurrección de Jesucristo. Por extensión, los primeros cristianos llamaron «misterio» a aquellas realidades celebrativas que servían para actualizar aquel plan salvífico divino, como el bautismo, la unción con el crisma, la eucaristía... A través de diferentes acciones rituales, que tienen por protagonista símbolos naturales (agua, aceite, pan y vino...), se nos otorga la gracia divina. «Cristo

nos ha transmitido realidades espirituales –explicaba san Juan Crisóstomo– bajo una cobertura palpable» (*Homilía sobre el evangelio de san Mateo* 82, 4). De modo que, por medio de los sacramentos, se prolonga la acción salvífica de Cristo. En palabras de san León Magno: «Lo que fue visible en nuestro redentor, ha pasado a los sacramentos» (*Sermón* 74, 2).

Pero, ¿por qué cuando a finales del siglo segundo e inicios del tercero, el griego dejó pasó al latín como lengua de la Iglesia, el término griego *mysterion* no fue traducido por su equivalente latino *mysterium* sino por *sacramentum*? Se utilizó una nueva palabra para evitar que el cristianismo fuera confundido con las religiones místicas paganas presentes en aquél entonces en el Imperio romano.

Sin embargo, en castellano sí que empleamos ambos términos –«misterio», de origen griego, y «sacramento», de origen latino– para expresar la misma realidad celebrativa. Y, aunque estamos más habituados a usar y a escuchar la palabra «sacramento», también «misterio» aparece repetidamente en los textos litúrgicos.

Así, al inicio de la misa, el sacerdote motiva el acto penitencial diciendo: «antes de celebrar estos sagrados *misterios* reconozcamos nuestros pecados»; tras el relato de la institución de la eucaristía el sacerdote introduce la aclamación del pueblo con estas palabras: «éste es el sacramento de nuestra fe» o «éste es el *misterio* de fe» (en la primera opción) y «aclamad el *misterio* de la redención» (en la segunda opción); y la encontramos en diferentes oraciones: «concédenos, Señor, participar dignamente de estos santos *misterios*» (oración sobre las ofrendas del domingo II del tiempo ordinario), «al celebrar tus *misterios* con culto reverente...» (oración sobre las ofrendas del domingo VII del tiempo ordinario), «después de recibir los santos *misterios*...» (oración después de la comunión del sábado de la semana II de Pascua y otros días de este tiempo), «...concédenos venerar de tal modo los sagrados *misterios* de tu cuerpo y de tu sangre...» (oración colecta de la solemnidad del Santísimo Cuerpo y Sangre de Cristo); «con la variedad de los dones y de los carismas tú eliges dispensadores de los santos *misterios*...» (prefacio II de las ordenaciones); «...que nos mandó celebrar estos *misterios*» (epíclesis sobre las ofrendas de la plegaria eucarística II y de la plegaria eucarística II de la reconciliación).

▣ JOSÉ ANTONIO GOÑI